

José Menese: los cuarenta años

El último disco de larga duración de José Menese, el cantaor de la Puebla de Cazalla (1) es una despedida y un recuento. Con textos de Paco Moreno Galván, habitual colaborador y letrista del sevillano, se trata de una introspección del pueblo andaluz y los efectos sobre él causados por esos cuarenta años de franquismo que aún siguen dando que hablar, porque sus efectos continúan estando presentes de alguna y de muchas maneras en la actualidad. Pero se trata —es urgente decirlo de inmediato— de una profundización artística, y no política; poética y no panfletaria. Ese ha sido el primer cuidado y la máxima preocupación del "maestro" y de su equipo de ayudantes, porque, como dice el propio Menese: "Se trata de mi propia historia, sintetizada y cantada como yo la siento, con todas mis vivencias durante el franquismo y mis resquemores frente a él. Es mi vida, la vida de una persona que pertenecía a una familia con problemas de fusilamientos en ella, a raíz de la guerra civil. No es extraño, pues, que el disco se abra con un pregón y una saeta formalmente enriquecida con el violonchelo de Enrique Bullich y la flauta de Valentín Álvarez, y bautizada con un título sintomático, "De la vida y de la muerte". O que, inmediatamente, se continúe con unas tarantas, "Así acabó la pelea", donde se desgarga la voz del grito: "Y España fue dividida/por donde más le ha dolido/en justos y pecadores/una mitad de vencidos/y otra de vencedores".

(1) José Menese: "Andalucía, cuarenta años" (RCA PL-35168).

"Yo nací en mil novecientos cuarenta y dos, hice todo tipo de trabajos en mi juventud, y empecé a cantar en las tabernas, que es como uno empieza estas cosas. Fui zapatero, ejercí de albañil, hasta que en el sesenta y dos me vine a Madrid y dos años después logré el premio de honor en un concurso de canto hondo de Córdoba". Años de posguerra y de máximas dificultades para los trabajadores del pueblo, especialmente los olvidados del "desarrollo". Y por ello mismo, el disco se continúa con rondeñas ("Empezaron los cuarenta") y con fandangos de Huelva ("La miserable miseria"), para enlazar a continuación con un homenaje a los últimos luchadores-guerrilleros en unos tientos de especial sensibilidad y aliento, "Sangre, sangre, sangre". Es la hora del llanto y la desesperación, de la injusticia dictatorial sobre un pueblo bravo, pero hundido. La hora fatal de la oscuridad, "la noche y el llanto" (seguríya), "Cuando España es un lamento" (toná) y mientras "Todo se va serenando": "Todo se va serenando/ya todo en su puesto está/la ley del ordeno y mando/corte, rige, quita y da/y el pueblo va soportando".

"Desde pequeño, yo he vivido y he sufrido en mis propias carnes la injusticia, la necesidad. Y eso me ha llevado a tomar postura como hombre, como persona. Ahora bien, yo, a la hora de cantar, no me acuerdo nada más que de cantar, que eso quede bien claro. Tengo siempre presente lo que tengo que hacer como artista, y quiero hacerlo de la mejor forma posible". El país se recompone desde abajo, desde la clandestinidad del



peligro sorteado cotidianamente, "a fuerza de corazón". Jaberías y bombas y tangos ("De los años sesenta", "Ya se va acabando el miedo"), que José Menese canta en este disco con una fe y una pasión indudable, con las guitarras de Enrique de Melchor y Manolo Brenes punteando y restallando los quiebros y las tonalidades.

Para finalizar esta historia de Andalucía, que es la historia de toda España, porque de una concreción parte para arribar a una abstracción no menos tangible, por contradictorio que ello parezca, las bulerías por soledad de "Muerto a muerto", que devuelven la alegría y la vida al canto y a la colectividad: "Después murió el general/ (Tormento de mala nube)/Gor-Gori, hoyo a él./No hay mal que cien años dure/Requiescat in pace. Amén". Y queda al fin la esperanza en la Plaza Mayor de España, cantada jubilosamente por ritmo de tonás. ■ ALVARO FEITO.

nía que puede deducirse de la situación sirve al tiempo para marcar más insistentemente el problema de esas mujeres, solitarias y deseosas de amor como una forma posible de encontrar objetivos intensos a su vida. En definitiva, lo que Goretta resalta es el patetismo de unos personajes marginados que sufren la explotación de los poderosos en cualquier manifestación de sus vidas. Y al tiempo es la simple y cotidiana historia de cualquier amor donde habitualmente uno de los personajes protagonistas acaba perdiendo su identidad en beneficio de la del otro.

Es probable que nada de esto hubiera sido posible sin contar con la intervención de una espléndida actriz, Isabelle Huppert, en el personaje de la peluquera. Su talento interpretativo emociona en su personaje. Un personaje que sólo en la última secuencia puede adquirir el título de "La encajera", en uno de los momentos más inteligentes, originales y estremecedores de esta película recomendable. ■ D. G.

TEATRO

"El dragón", en la Cadarso

Hace ya algún tiempo, a raíz de publicarse el texto en la colección teatral de "Cuadernos para el Diálogo" y de montarla un grupo barcelonés —concretamente un grupo de barrio, formado por inmigrantes andaluces— comentamos ya en estas páginas el interés de "El dragón", de Eugeni Schwartz, y su peregrino destino en el teatro soviético de la época. Basándose en viejos cuentos populares, Schwartz desarrolla, con una intencionalidad política que nunca turba el clima "ingenuo" de la obra, la conocida historia del dragón, la princesa y el héroe libertador. La malicia de Schwartz está en presentar el dragón como la fuente institucionalizada del poder, como el mal necesario y protector, raíz de la fuerza burocrática e incluso elemento de cohesión social. Las gentes que el dragón devora constituyen, simplemente, la cuota que es necesario pagar para que la sociedad autocrática se mantenga.

La broma macabra es que Schwartz, que fue un hombre claramente alineado dentro del socialismo, y que escribió la obra pensando en la figura de

mente, es la crónica de una destrucción. De una demolición que se cree justificada en el momento de ser vivida, pero que tiene simplemente unas explicaciones científicas. Las elegidas por el director de "La encajera" ("La Dentellière", 1977), Claude Goretta (director igualmente de otra película suiza proyectada en España: "La invitación"), responden a las diferencias de clase existentes entre una modesta peluquera de señoras y un intelectual burgués. Lo que en un principio supone para la peluquera la esperanza (y la realidad) de un cambio de vida, de una huida de la monotonía, supone más tarde la locura, su propia muerte. Para el exquísito

to intelectual burgués, la mujer es, en definitiva, un producto a utilizar. "La has tratado como un patrón utiliza a sus obreros", le explica una amiga. En definitiva, el presunto marxista no ha podido olvidar la clase a la que pertenece, no ha evitado responder a los principios que le son naturales: la explotación de otro ser.

"La Dentellière" es una película inteligente que hace progresar la historia que narra en un tono objetivo, aparentemente frío, pero que vibra en secuencias mínimas, que recoge con sensibilidad las conductas y las anécdotas de sus personajes, estudiándolos escrupulosamente, en ocasiones con ironía

y siempre con ternura. Palabra esta última que puede llevar a engaño: no es "La encajera" una película blanda. Por el contrario, al margen de las sonrisas (Goretta es un excelente humorista), la crónica que narra respira amargura por los cuatro costados. La habilidad narrativa de su director consiste en mezclar con rigor dos géneros aparentemente contrapuestos, la comedia y el melodrama, sin que su película pueda enclavarse realmente en ninguno de los dos géneros. La soledad de los personajes femeninos en una modesta habitación de hotel es contrapunteada con el "off" de una pareja que hace el amor en la habitación de al lado; la iro-